

## **LA OBEDIENCIA, EL FUNDAMENTO QUE NECESITAMOS PARA SERLE ÚTILES AL SEÑOR Y SU REINO.**

**2 Corintios 7:12 “Así que, aunque os escribí, no fue por causa del que ofendió, ni por causa del ofendido, sino para que vuestra solicitud por nosotros se manifestara a vosotros delante de Dios. v:13 Por esta razón hemos sido consolados. Y aparte de nuestro consuelo, mucho más nos regocijamos por el gozo de Tito, pues su espíritu ha sido confortado por todos vosotros. v:14 Porque si en algo me he jactado con él acerca de vosotros, no fui avergonzado, sino que así como os hemos dicho todo con verdad, así también nuestra jactancia ante Tito resultó ser la verdad. v:15 Y su amor hacia vosotros abunda aún más al acordarse de la obediencia de todos vosotros, y de cómo lo recibisteis con temor y temblor. v:16 Me gozo de que en todo tengo confianza en vosotros”.**

Definitivamente, la obediencia es el fundamento que necesitamos para serle útiles al Señor y Su Reino. Es imposible que Dios ocupe a alguien, si el tal no tiene una revelación profunda de la obediencia que Dios espera de Sus hijos. Cuando nos convertimos al Señor, venimos a formar parte de la familia de Dios, somos Sus hijos, pero no necesariamente por ser Hijos le somos útiles. Esto lo vemos claramente en el plano natural, no todos los padres llegan a tener buenos hijos. Hay padres que tienen hijos muy inútiles, y hay otros que tiene hijos que aparte de ser inútiles, son un estorbo y un pesar para sus padres. Cuando el Señor nos alcanza y nos regenera por la obra del Espíritu Santo, venimos a ser Hijos de Dios, esto es innegable. Por la fe en Jesús nosotros tenemos la facultad de ser Hijos de Dios, ahora bien, el hecho de ser engendrados por obra del Espíritu Santo es sólo el inicio para que lleguemos a ser instrumentos útiles para Dios y Su Reino.

La Biblia narra la historia de Mefi-boset, uno de los hijos del Rey Saúl, que cuando tenía cinco años de edad llegó de Jezreel la noticia de la muerte de Saúl y de Jonatán, y su nodriza le tomó y huyó; y mientras iba huyendo apresuradamente, se le cayó el niño y quedó cojo. Mefi-boset fue inútil para caminar a causa de haberse lisiado de los pies, y más o menos esta es la escena espiritual de muchos creyentes, no se puede negar que son hijos de Dios, pero están atrofiados para avanzar en su caminata con Dios.

Tenemos que entender a lo que nos referimos con serle útiles a Dios, pues, algunos terminan siendo útiles desde el punto de vista absoluto y soberano de Dios. Satanás, por ejemplo, es un instrumento de usos viles que le sirve a Dios, pues, en términos de la soberanía divina, hasta el diablo sirve para que se haga la voluntad de Dios. Satanás le sirve a Dios así como un camión de basura le sirve a una ciudad, qué importante es ese camión sucio y apestoso. El hecho que Dios haga uso de Satanás no quiere decir que éste “quiera” servirle, sino que Dios lo utiliza para usos viles según Su Soberanía.

Dios no quiere que nosotros le sirvamos desde un punto de vista de Su soberanía, así como lo hace Satanás. Dios no quiere que le sirvamos involuntariamente, sin entrega, sin santificarnos, sin deponer nuestros deseos para hacer los de Él. Lo que Dios busca de nosotros es que le sirvamos de la manera que lo hizo Su Hijo Jesús. Acerca de la actitud que hubo en Jesús, dice **Hebreos 10:5 “Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo. v:6 Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron. v:7 Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí”.** Dios necesita hijos que de su propia voluntad hagan lo que Él quiere, en otras palabras, hijos que sean obedientes. Los hijos de Dios se convierten en instrumentos útiles cuando de su propia cuenta le obedecen a Dios. La obediencia le da expresión al Plan de Dios, le da desarrollo a la voluntad divina, es el canal por medio del cual Dios ejerce Su voluntad.

La obediencia también honra a Dios, porque al obedecer implícitamente estamos aceptando Su manera de proceder. El principio de Dios para tratar con el hombre es el libre albedrío, el hombre no es una máquina programada para hacer lo bueno o lo malo, sino que todos tenemos libertad de decidir. Todos los hombres podemos obedecer o contrariar a Dios, pero cuando le obedecemos lo

honramos. Obviamente, con o sin nosotros Dios siempre hará Su voluntad; tal vez nos puede suceder las del profeta Jonás, un hombre al que Dios lo mandó a predicar a Nínive pero no quiso ir. Todos conocemos la famosa historia de Jonás, un hombre que a causa de su desobediencia estuvo tres días en el vientre de un pez. Definitivamente Jonás murió en el vientre del pez (por eso el Señor Jesús lo usó como una figura de lo que Él habría de padecer en la cruz) pero sobrenaturalmente Dios lo volvió a la vida, luego el pez lo vomitó, y así él llevó el mensaje de Dios a aquel lugar. Dios en Su soberanía puede usarnos como Él quiere, pero no es lo normal, ni lo que Él desea usarnos como a Jonás. Dios quiere usarnos bajo nuestro libre albedrío, Él desea escuchar un “Heme aquí”, Él desea que le sirvamos de nuestra propia voluntad.

Cuando nosotros obedecemos a la voluntad de Dios, no sólo ponemos el fundamento de que se haga lo que Dios quiere, sino que se haga como Él quiere. Un creyente que ha aprendido la obediencia, es un creyente que honra a Dios. Dios quiere usar de entre Sus hijos a aquellos que viven, trabajan, se divierten, y hacen todo en obediencia a Él. Nosotros empezamos a ser útiles para el Señor cuando tenemos un encuentro con Su autoridad. El reconocimiento y el sometimiento a la autoridad es básico y necesario para ser instrumentos de honra para Dios.

Regresando al pasaje que leíamos al principio, quiero hacerles notar que en el contexto de las dos cartas a la Iglesia de Corinto, el apóstol Pablo trata el caso de un hermano que tomó para sí a la mujer de su padre. ¿Ha escuchado usted algo similar a ese caso ? ¿Puede imaginarse usted esta escena en una iglesia? El muchacho no sólo le quitó la mujer a su propio papá, sino que se quedó con la mujer dentro del seno de la Iglesia. Por lo que se deja ver entre líneas en el pasaje, esta pareja de adúlteros quisieron seguirse congregando en la Iglesia como que no pasaba nada, pero lo más problemático de aquel suceso fue la actitud indiferente que tuvieron los demás hermanos, quienes no se dolieron de aquel pecado tan terrible. El apóstol Pablo envió una carta a la Iglesia de Corinto diciéndoles lo siguiente: **“En el nombre de nuestro Señor Jesucristo, reunidos vosotros y mi espíritu, con el poder de nuestro Señor Jesucristo, el tal sea entregado a Satanás para destrucción de la carne, a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor Jesús”**. Esta orden del Apóstol Pablo no implicaba echar al hermano de la Iglesia, sino era disciplinarlo de manera que él siguiera llegando pero durante ese tiempo nadie iba a tener comunión con él. Si el hermano que cometió tal pecado amaba a los hermanos, y se arrepentía, debería de mostrarlo aceptando tal disposición de la Iglesia hasta que le fuera levantada la disciplina. El objetivo de la disciplina impuesta por el apóstol era que el hermano que vivía en pecado se doliera, que valorara al Cuerpo, que se sintiera consternado ante la falta de comunión con los hermanos. La Iglesia de Corinto aceptó la ordenanza del apóstol Pablo, ellos disciplinaron al hermano.

En la segunda carta el apóstol Pablo utilizó nuevamente este caso para enunciar las verdaderas intenciones por las que él les dijo a los hermanos que disciplinaran al hermano que había cometido tal adulterio. Dice *2 Corintios 7:12* **“Así que, aunque os escribí, no fue por causa del que ofendió, ni por causa del ofendido...”** El apóstol Pablo claramente dice que aquella orden de disciplinar al hermano, no fue para quitarle la mujer y dársela por esposa nuevamente al verdadero marido, **“...sino para que vuestra solicitud por nosotros se manifestara a vosotros delante de Dios”**. La intención genuina de Pablo de dar aquella orden fue poner a prueba la obediencia de los hermanos. Lo que el apóstol nos dice es que él no escribió una ordenanza para arreglar un problema matrimonial, sino para que la Iglesia fuera probada. Obviamente algunos salieron aprobados y otros fueron reprobados, pero precisamente, esa era la intención.

La obediencia genera el poder del Reino de Dios entre nosotros. La Biblia dice que en una ocasión **“Entrando Jesús en Capernaum, vino a él un centurión, rogándole, y diciendo: Señor, mi criado está postrado en casa, paralítico, gravemente atormentado. Y Jesús le dijo: Yo iré y le sanaré. Respondió el centurión y dijo: Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; solamente di la palabra, y mi criado sanará. Porque también yo soy hombre bajo autoridad, y tengo bajo mis órdenes soldados; y digo a éste: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace. Al oírlo Jesús, se maravilló, y dijo a los que le seguían: De cierto os digo, que ni aun en Israel he hallado tanta fe”**. Este centurión había

aprendido obediencia en una institución del mundo, en el ejército romano. Esto nos muestra una gran lección, no importa de qué manera el Señor nos está enseñando a obedecer, lo que importa es aprender a vivir bajo obediencia. En la medida que nos entrenamos en la obediencia, en esa medida seremos instrumentos por los cuáles Dios podrá dejar fluir el Poder de Su reino.

Hoy la cristiandad es tan endeble para servir al Señor porque no saben obedecer. Es curioso como en la mayoría de Iglesias los menos dispuestos a servir son los varones, la razón es obvia, son los que menos se entrenan en la obediencia. Cada vez los padres tienen menos control de su círculo familiar, la razón es que ellos no están sujetos a Cristo. El Reino de Dios está opacándose cada vez más en este mundo a causa de la falta de líderes genuinos, se están escaseando los hombres como el centurión que saben lo que es estar bajo autoridad. No estoy hablando solamente a los varones, sino también a las mujeres, todos necesitamos estar bajo autoridad.

El apóstol Pablo desveló su corazón como apóstol en 2 Corintios 7, lo que él deseaba era ver la obediencia de la Iglesia, era llevar a la objetividad la obediencia subjetiva que había en cada uno de los hermanos. Aquella actitud de obediencia de los Corintios fue digna de un elogio por parte del apóstol, por eso les escribió: **“¡qué solicitud produjo en vosotros, qué defensa, qué indignación, qué temor, qué ardiente afecto, qué celo, y qué vindicación! En todo os habéis mostrado limpios en el asunto”** (2 Corintios 7:11).

La sumisión es la raíz de la obediencia, para Dios nadie es obediente si primeramente no es sumiso en su interior. La sumisión es la actitud interna que produce la obediencia externa. Lo que Dios evalúa en nosotros no es la obediencia, sino la sumisión. Nadie puede ser perfecto en cuanto a la obediencia, pero sí puede serlo en cuanto a la sumisión. La sumisión es la raíz de la obediencia, y al final eso es lo que Dios juzga. Dios que ve los corazones, sabe cómo estamos cada uno de nosotros; así fue como Dios juzgó a Luzbel, un ser angelical hermosísimo, pero fue hallada rebelión en su corazón.

En muchos casos Dios sabe que sí hay sumisión en el corazón, pero nos pone en situaciones en las que debemos obedecer con el fin de que esa raíz de sumisión se vigorice aun más en nuestro interior. El apóstol Pablo sabía subjetivamente que la Iglesia de Corinto era sumisa, pero ocupó aquel incidente para que los Corintios dieran fruto en cuanto a la obediencia. La razón primordial por la cuál Pablo le ordenó a los hermanos que no le hablaran al adúltero, era que ellos obedecieran y que esto los hiciera dignos del Reino de Dios. Sólo en situaciones como éstas se puede medir como anda la Iglesia en cuanto a la obediencia.

Yo les exhorto a que no caminemos distantes de la autoridad de Dios y el ejercicio de la obediencia. Si nunca caminamos bajo autoridad, nunca seremos instrumentos útiles para Dios y Su Reino. Hay muchos hermanos que me temen cuando yo llego a Sus localidades, la razón es que no desean en lo absoluto verme como una autoridad de parte de Dios. No huyamos de confrontarnos con la autoridad, no huyamos a obedecer; al contrario, busquemos los medios y las oportunidades para disponernos a obedecer.

¿Cuántos de ustedes pueden medir objetivamente su obediencia? Hay hermanos que muy probablemente no tienen memoria de cuando fue la última vez que se dispusieron a obedecer. ¿Qué hizo usted ante la última oportunidad que tuvo para obedecer? ¿Puede decir usted como el centurión: **“... soy hombre bajo autoridad, y tengo bajo mis órdenes soldados; y digo a éste: Ve, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace?”**. Este hombre conocía el principio de la autoridad, sabía que el secreto para que otros le obedecieran consistía en que él también estaba dispuesto a obedecer.

A todos los creyentes nos es necesario obedecer. Yo exhorto principalmente a los varones, y sobretodo, a los que son cabezas de una familia, a que practiquen la obediencia. Si ustedes hermanos varones se vuelven sumisos, también podrán ejercer la autoridad genuina sobre sus esposas e hijos. El reino de Dios sólo toma en cuenta a los que pueden obedecer, por lo tanto,

aprovechen cuando les vengan oportunidades objetivas para mostrar su obediencia. Un creyente obediente se convierte en una expresión del “dunamis” (del poder) de Dios.

El apóstol Pablo escogió a Timoteo para que estuviera con él en la obra apostólica, porque tenía el testimonio de que era un joven ejemplar y virtuoso en la Iglesia. Pablo pudo ver el comportamiento de Timoteo en la Iglesia, se dio cuenta que era sumiso y obediente, y por eso se lo llevó a la obra misionera.

Ahora bien, otro de los beneficios de obedecer según el pasaje que leíamos al principio es que la **solicitud, o la orden a la que nos sometemos nos presenta aprobados delante de Dios**. Hay un factor de bendición espiritual para con Dios cuando obedecemos. Hermanos, nosotros somos el Reino de Dios, por lo tanto, debemos manifestar el Reino de Dios pero eso sólo sucederá si nos perfeccionamos en la obediencia. Nunca podremos derrotar a Satanás, ni hacerle frente a las tinieblas, y mucho menos tener parte en la implantación física del Reino del Señor si no aprendemos el principio de la autoridad.

Leamos el pasaje siguiente que nos muestra la gran diferencia entre alguien que conoce el principio de autoridad y aquellos que no conocen en absoluto. Dice *Hechos 19:11* **“Y hacía Dios milagros extraordinarios por mano de Pablo, v:12 de tal manera que aun se llevaban a los enfermos los paños o delantales de su cuerpo, y las enfermedades se iban de ellos, y los espíritus malos salían. v:13 Pero algunos de los judíos, exorcistas ambulantes, intentaron invocar el nombre del Señor Jesús sobre los que tenían espíritus malos, diciendo: Os conjuro por Jesús, el que predica Pablo. v:14 Había siete hijos de un tal Esceva, judío, jefe de los sacerdotes, que hacían esto. v:15 Pero respondiendo el espíritu malo, dijo: A Jesús conozco, y sé quién es Pablo; pero vosotros, ¿quiénes sois? v:16 Y el hombre en quien estaba el espíritu malo, saltando sobre ellos y dominándolos, pudo más que ellos, de tal manera que huyeron de aquella casa desnudos y heridos. v:17 Y esto fue notorio a todos los que habitaban en Éfeso, así judíos como griegos; y tuvieron temor todos ellos, y era magnificado el nombre del Señor Jesús”**. ¡Qué tremenda lección! Los demonios sabían quien era Jesús y quien era Pablo, pero de éstos siete no sabían nada. Obviamente estos hijos de Esceva no conocían el principio de autoridad, no sabían nada con respecto al Reino de Dios y por eso salieron avergonzados. Definitivamente, el principio de autoridad nos presenta aprobados delante de Dios, y podemos agregar, que también nos da poder ante el mundo de las tinieblas.

En el pasaje que leímos al principio el apóstol Pablo también nos revela otro aspecto maravilloso en cuanto a la obediencia. Parafraseando el pasaje dice lo siguiente: **“Me regocijo porque su obediencia nos ha consolado. Y aparte de nuestro consuelo, mucho más nos regocijamos por el gozo de Tito, pues su espíritu ha sido confortado por todos vosotros, porque él da testimonio que ustedes no sólo obedecen al hombre, sino obedecen a la autoridad que Dios ha delegado a los hombres. Tito regresó conmigo feliz de ver cómo ustedes son de obedientes. Si en algo me he jactado con él acerca de vosotros, no fui avergonzado, sino que así como os hemos dicho todo con verdad, así también nuestra jactancia ante Tito resultó ser la verdad”**. Pablo le había hablado bien a Tito con respecto a los hermanos de Corinto, le había dicho lo obedientes que eran, y Tito regresó con Pablo confirmándole que, en efecto, los corintios eran obedientes y que le habían recibido con temor y temblor. Los hermanos de Corinto no sólo aprendieron a obedecer al apóstol Pablo, sino a los delegados que les enviaba; este grado de obediencia es más elevado y es lo que Dios espera que alcancen todas las Iglesias.

Dios nos ayude hermanos no sólo a obedecer al apóstol, sino a los hombres con delegaciones de autoridad, a los ancianos, a los diáconos, así como a las diferentes personas y aquellas situaciones en las que vibre la autoridad de Dios. El que aprende a no ponerle un rostro específico a la autoridad, se dispondrá a obedecer siempre y por ello será aprobado delante de Dios. Al permanecer en tal entrenamiento, un día ya no llegará la autoridad sólo de parte de los hombres, sino directamente de parte de Dios. El creyente que alcanza esta medida se convierte en un instrumento útil para Dios y Su Reino.

Hoy por hoy, les animo a que se entrenen en la obediencia, háganse aptos para obedecer a los hombres, sean aprobados por las autoridades de la Iglesia Local, y en poco tiempo serán utilizados para cosas más grandes en el Reino de Dios.

¡Amén!